

historia y la bibliografía michoacanas, y las posibilidades que ofrecen como programas editoriales y como proyectos de investigación. Sin embargo, es preciso destacar la entusiasta y experta dedicación del maestro Hernández Luna, quien en brevísimo lapso y con medios limitadísimos nos ha entregado más de treinta y cinco volúmenes.

Roberto HEREDIA CORREA

DÍAZ DE GAMARRA, Juan Benito, *Máximas de educación, Academias de filosofía y Academias de geometría*, presentación de Carlos HERREJÓN PEREDO, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983.

Como dice Carlos Herrejón en la presentación de estas obras del pensador zamorano Gamarra, las *Máximas* nos entregan su pedagogía o filosofía de la educación, y las *Academias* son un resumen de esos actos públicos en los que sus discípulos exponían las doctrinas que aprendían de él y que iban a concluir en los *Elementos de Filosofía Moderna*.

De sus *Máximas*, el propio Gamarra dice que están “fundadas en la razón y en la experiencia” (p. 16). Son una incitación a la virtud, ya que la vida virtuosa es la perfección del hombre y la perfección es la felicidad: “Sea pues la virtud el principal objeto de vuestros deseos porque ella es nuestra principal obligación, y único principio de nuestra felicidad” (p. 19). La virtud, sin embargo, sólo se alcanza con esfuerzo y con la práctica. Y todas esas ejercitaciones son medios buenos para conseguir fines buenos, dice Gamarra mostrándose un excelente moralista (p. 29), que desea evitar la causalidad equívoca en la acción humana.

La virtud acarrea todos los bienes. Nos da la perfecta amistad, pues “la buena amistad está fundada en la virtud” (p. 32). Y, entre las virtudes que Gamarra aconseja a sus discípulos, descuella la de la prudencia, que es la clave para las demás virtudes y nos enseña a tratar convenientemente a aquellos con quienes convivimos (p. 39). Ella hace que incluso el debate académico —que es por demás recomendado por Gamarra— sea sin soberbia y con mayor provecho en la búsqueda de la verdad (p. 44). Hace también que se evite la ociosidad y se ame el trabajo, pero sin perder el sentido de la sana diversión y del ocio cultural (p. 47).

Otra virtud que Gamarra encomia es la de la veracidad, congruente con esa búsqueda de la verdad que inculca a sus alumnos (p. 49). Ella ha de manifestarse especialmente en las argumentacio-

nes y debates, que deben ser con razones inteligibles y bien fundadas (p. 65). Principal importancia reciben esas funciones literarias de los filósofos, pues se recomiendan muchos ejercicios de éstos para aprender a argüir según la lógica, teniendo Academias semanales con toda regularidad. Eran numerosos y muy apreciados, por lo que se ve, estos ejercicios en los que los bachilleres (de teología) argüían a los filósofos y éstos les respondían, bajo la presidencia de algunos maestros (p. 77).

Muestras de esos ejercicios son las *Academias filosóficas* (1772) y las *Academias de geometría* (1782). En las de filosofía se resalta la importancia del estudio de la historia de la filosofía, y se habla igualmente de Santo Tomás que de Newton y de Jacquier (pp. 96-97). Se añaden cautelas sobre el modo en que nos engañan los sentidos y cómo remediarlo, anticipándose a los escritos de Gamarra sobre los errores del entendimiento. Y se hacen disertaciones muy metafísicas sobre la inmortalidad del alma y la interacción de las potencias anímicas con las corporales. Asimismo, en las de geometría se nota la proyección que tienen para un estudio de la filosofía más completo. En efecto, el mismo Gamarra dice que tal es el objetivo de “los Cursantes Filósofos, que han de sustentar estas Funciones Académicas, para abrirse el paso con el estudio Geométrico, a una Filosofía digna de tal nombre, y cual se enseña hoy con tanto fruto en los Reales Estudios de Madrid” (p. 121).

Tal necesidad de la geometría para el estudio filosófico es precisamente el tema del discurso de Juan José Mazorra, discípulo de Gamarra. En él se alude a las *Lecciones Matemáticas* del mexicano J. I. Bartolache (1769), y de las matemáticas se dice que “su *Método* sabe gravar insensiblemente en el alma aquel orden en las ideas, y aquella exactitud en el discurso, que hace a un hombre verdaderamente sabio, y justo apreciador de las cosas. La excelencia de este método, consiste en un exactísimo y rigurosísimo orden de hallar, y enseñar las verdades incógnitas, comenzando por lo más fácil, y subiendo después como por grado hasta lo más dificultoso y obscuro” (p. 125). Esta necesidad de la matemática para la filosofía —se nos dice— no es invento de ningún filósofo moderno, sino que ya la encarecían Tales de Mileto, Pitágoras, Anaxágoras, Demócrito, Aristóteles y Platón, quien no admitía a la Academia a nadie que no supiese geometría.

Finalmente, una cosa digna de ser notada es que en la lista de los que participarían en el ejercicio académico de geometría aparece el filósofo potosino Manuel María Gorriño, que era apenas un adolescente, alumno de ese Colegio de San Francisco de Sales de la Villa de San Miguel el Grande.

Mauricio BEUCHOT